

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III  
NUM 116

40 Cents.

8 MAYO  
1927

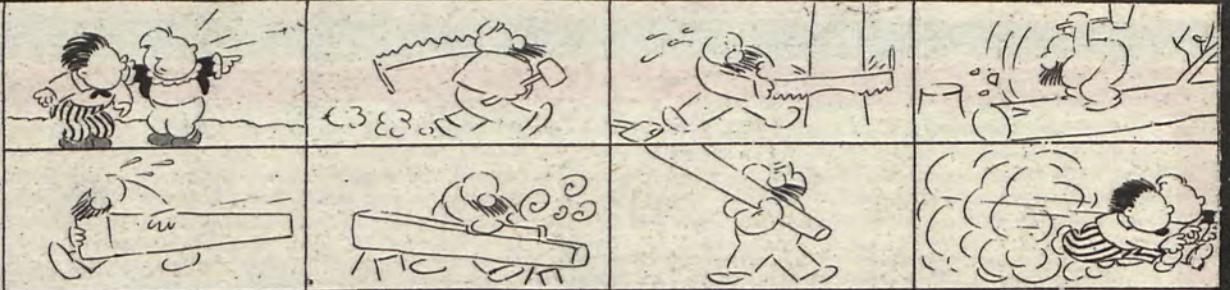


# PINOCHO

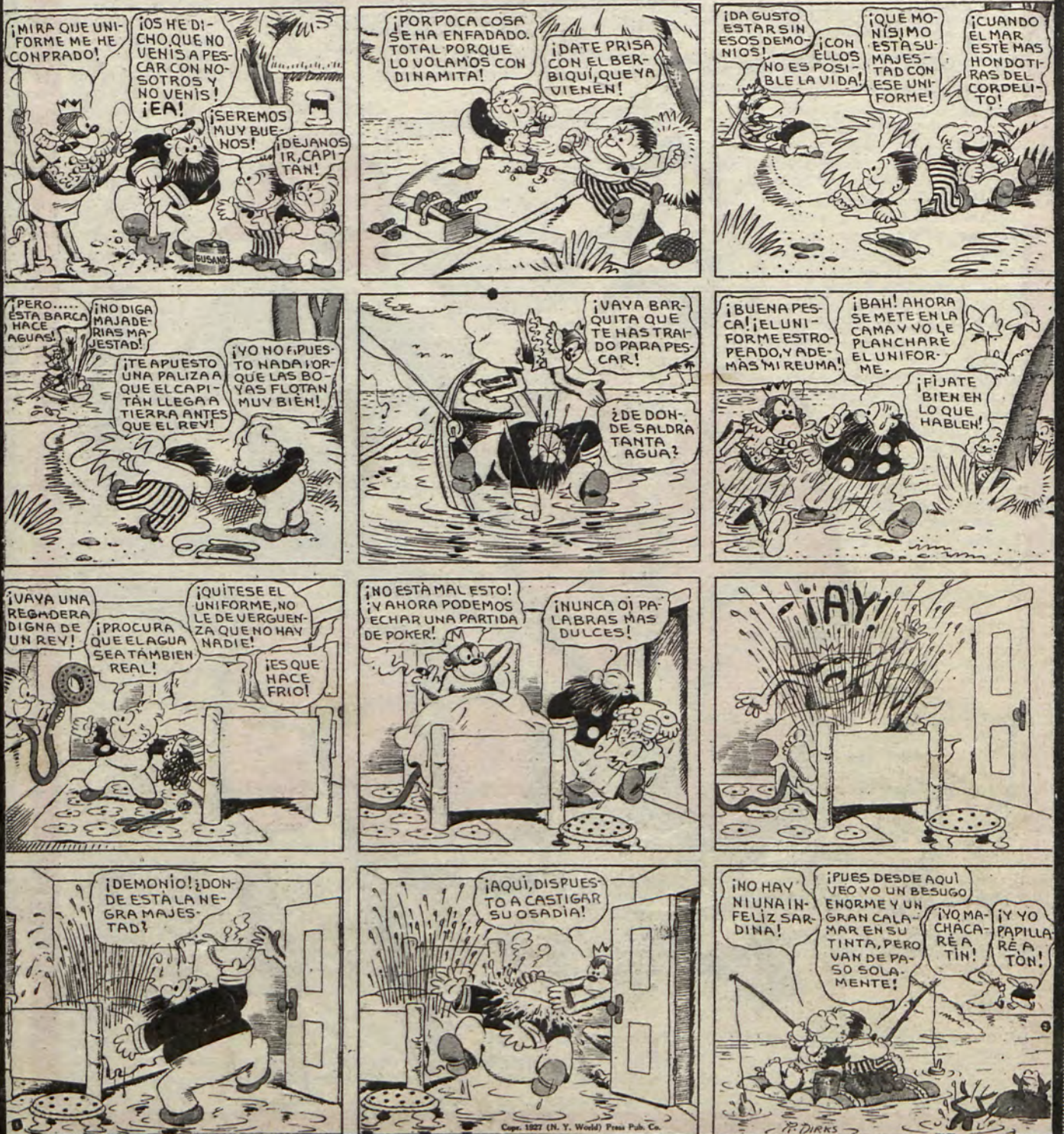
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



"No la hagas  
y no la  
ternas"  
Yo, el Capitán:  
Corre!on



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## CONSEJOS DE MADRE.

**U**NA raposilla muy joven, de arrogante presencia y astuta como todas las de su raza, disponíase a dar un paseito por el bosque.

Era la primera vez que salía sola, y, por lo mismo, la raposa, su madre, quiso darle algunos consejos. Ya en la puerta de la madriguera, encarecidamente le dijo:

—Ten mucho cuidado con los lobos.

—¿Y qué es un lobo, madre? —preguntó la raposilla.

—El lobo es un animal dañino, que conocerás por su estatura, mayor que la mía, por su color gris, por sus recios bigotes, por sus garras afiladas y por sus agudos colmillos; en fin, por su fiereza y corpulencia.

—¿Y qué tengo que hacer si le veo? ¿Le saludo?

—Al contrario; procura que no te vea, porque te devoraría en un instante.

La raposilla salió a dar su paseo con una dosis de miedo más que regular. Por todas partes se le figuraba ver al lobo.

Por otro lado, sentía un poquitín de curiosidad por conocerle para convencerse de si era tan fiero como lo pintaban. No tardó mucho en saberlo. En efecto, al dar la vuelta por un recodo del camino, le vió deslizarse por entre los arboles. No cabía duda: era él, porque era tal como su madre se lo había descrito.

Tal miedo sintió, que por espacio de algunos segundos no pudo ni moverse. Su rabo, antes tan orondo y juguetón, se le escondió entre las patas traseras. Por fortuna, el lobo, preocupado con otra presa, no la había visto.

Al volver a su gruta, la pobre zorrilla se sintió desfallecer. Era mucho miedo para una sola raposa. La madre le dijo que no volviera por aquel lado del monte.

Al día siguiente salió de nuevo la raposilla a estirar sus patas y despertar el apetito; pero esta vez se dirigió hacia un prado muy llano desde donde podía ver claramente si el lobo venía o no.

Cualquiera diría que la fiera la perseguía, porque apenas había dado cuatro saltos cuando el lobo asomó por el lindero de un camino.

Sin embargo, esta vez nuestra raposa no tuvo tanto miedo. ¡Qué caramba! Incluso le pareció más chico y menos fiero que el día anterior. Pero, por si acaso, metió el rabo entre las patas y salió trotando hacia su casa, no sin decir de vez en cuando:

—Me parece que el lobo es un animal muy simpático. Creo que seríamos buenos amigos.

La tercera salida produjo un nuevo encuentro con la fiera. Esta vez la raposilla se las echó de valiente. ¿Por qué había de tener miedo al lobo? Le aguardó a pie firme, y al verle a tres pasos le saludó, haciendo con el rabo toda clase de cortesías.

—Buenos días, señor de lobo.

—¡Hola, pimpollo! —dijo el lobo.— ¿Qué haces por aquí?

—Tomaba el fresco un rato y sacudía la pereza. Por cierto que mi madre no tuvo razón para aconsejarme una cosa respecto de usted.

—¿Qué te dijo?

—Que no me acercase donde el lobo estuviera porque me devoraría.

—Tu madre no me conoce cuando

dice eso de mí. Yo soy un buen amigo de los jóvenes como tú. Y para demostrártelo, voy a proponerte un negocio muy interesante. Vas a venirte conmigo a cazar pulgas con escopeta, que es la ocupación más divertida que te puedes imaginar. Por cada pulga que mates de un balazo me darás un mordisco y por cada una que se te vaya te daré yo otro.

Aceptó el trato la raposilla, y provistos de una escopeta que llevaba la zorra en bandolera para que el lobo no se fatigase, ambos amigos se pusieron en marcha hacia el país de las pulgas.

Llevarían andada una media legua cuando una abeja compasiva se acercó cautelosamente al oído de la joven zorra, y le dijo lo siguiente:

«Si no eres lista, estás perdida, porque el lobo te ha engañado miserablemente. No podrás matar ningu-





na pulga de un balazo; pero aunque las mataras todas y sólo se te fuera una, al lobo le bastaría un solo mordisco para acabar contigo. Discurre todo lo que puedas, que yo con el mayor gusto te ayudaré, pues soy íntima amiga de tu madre.»

Llegaron a una explanada y dijo la zorra:

—Amigo lobo, ¿no te parece que deberíamos ensayar un poco la escopeta para ver si es un arma de confianza?

—No me parece mal —repuso el lobo—. Elige un blanco y dispara.

—¿Quieres ponerte tú? —dijo la zorra.

—No puede ser —gruñó asustado el lobo—, porque tú has de tirar al blanco y yo soy gris.

—Bueno, pues entonces voy a partirle una pata a aquel mosquito que a una legua de aquí le está pican-do a un caballo en la grupa. Verás cómo le corto la misma punta de la pata sin tocar al caballo sobre el cual se encuentra en este instante.

El lobo estaba con un palmo de boca abierta oyen-do a la zorrilla, porque, aunque su vista era penetro-nante, a aquella distancia no podía distinguir, no ya al mosquito, pero ni siquiera al caballo. Sin embargo, no quiso dar su brazo a torcer, y dijo, aparentando fijarse en el sitio designado por la zorra:

—Apunta bien y luego veremos si has hecho blanco.

La raposa cargó la escopeta con mucha calma, apun-tó con cuidado y disparó.

—¡Hice blanco! —gritó llena de gozo.— ¡Venga us-ted conmigo, caballero lobo!

Y corriendo como un galgo marchó en la dirección de la bala. Siguióla el lobo como una flecha, temeroso de que lo del tiro fuera una treta para escapar de sus uñas; pero, con gran sorpresa suya, a cosa de una legua de camino encontraron un caballo que pacía tranquilamente en un prado inmediato a la carretera.

Acercóse la zorra y le preguntó con muy buenos modos:

—Señor caballo, ¿ha visto usted un mosquito por estos alrededores?



—No sólo le he visto, sino que le he sentido —contentó el caballo lamiéndose la grupa—. Por cierto que oí silbar una bala, y el mosquito se marchó gritando que le habían roto una mano.

—Y ahora, ¿qué dice usted, señor de

lobo? —pregunto con mucha intención la raposa.

—¡Recórcholis —exclamó el lobo—, que te puedes ganar la vida en los circos luciendo tu habilidad!

Como es natural, todo esto había sido obra de la abeja, que había dicho al oído de la zorrilla lo del caballo, y después fue a decirle a éste que cuando llegara el lobo le dijera lo que acabamos de referir. Tal hazaña había puesto bastante en cuidado al compañero lobo, que tenía cierto miedo de un cazador con tan buena puntería. Mas eratan buenapresa la de una zorra joven y tiernecita, que se decidió a continuar la aventura. Pero cuando iban a ponerse en camino dijo la zorra dándose una palmada en el rabo:



—¿A qué vamos, amigo lobo, al país de las pulgas, cuando tan cerca las tenemos?

Y dicho esto, cargó precipitadamente la escopeta.

—¿Dónde están? —preguntó el lobo con inquietud.

—Ahora mismo estoy viéndote una en el lomo; no te muevas, que voy a triturlarla de un balazo.

—¡Zambombal —aulló el lobo dando un salto— Eso es una broma tuya, porque no siento ninguna pulga en el cuerpo.

—Estate quieto y no te muevas, no sea que te meta una bala en la barriga. El trato es trato, y déjame que te encañone. Y a todo esto le apuntaba.

Entróle al lobo un sudor de muerte, y no sabía qué hacer para escapar; así que, con voz balbuciente, dijo:

—Mira, querida amiga, ahora recuerdo que me he dejado el cocido puesto a la lumbre y no le he echado las patatas. Espérame un momento, que vuelvo en seguidita. Y, sin aguardar respuesta, echó a correr con todo el poder de sus fuertes patas, no sin llevarse un aguijonazo de la abeja, que aceleró aún más la carrera. Cuando llegó a su casa cerró la puerta con cerrojo y no volvió a meterse ni aun siquiera con los corderos.

La abeja fue a la gruta de la raposa y le contó, ce por be, lo que le había ocurrido a su hija la raposilla, lo cual hizo reír grandemente a todos, incluso a papá zorro, a pesar de su seriedad acostumbrada.

Después mamá raposa reprendió a la raposilla por su imprudencia, y parece que ésta no volvió a desatender los consejos de su madre, dándose por escarmen-tada con el gran peligro de que había escapado mila-grosamente.

FIN

# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—Asuntos administrativos: ninguno de los dos tenía razón, pero yo me dejé llevar un poco de la ira... y, sin la intervención de Mr. Cyrus, el armador, Alberto Wendover hubiera pasado un mal rato.

—¿Hicisteis las paces?

—Al momento, apenas esclarecido el error.

—Hum... ¿Y no encontráis otro motivo?

—No, como no sea...

—Adelante.

—Quizá mi declaración ante los jueces que le condenaron por el robo de las cien mil pesetas.

Tuve que referir aquella disputa y dije la verdad.

—¿Y creéis que eso haya influido en su condena?

—Es posible.

El comandante del *Thunderbolt* movió la cabeza y apretó un poco los labios en señal de duda.

—Esos motivos —dijo— me parecen desproporcionados a los terribles efectos que ha tenido para vos la venganza meditada y puesta en obra por aquel malhechor.

Una simple disputa por asuntos administrativos no puede pesar en el ánimo de ningún juez, y menos aún no teniendo razón ninguno de los dos, existiendo, en cambio, pruebas tan aplastantes en contra del acusado.

Si Alberto Wendover no es un monstruo de ferocidad, debe haber sido impulsado por otro motivo que se oculta a vuestra mente y que bien pudiera ser que proviniera de alguna fatal equivocación.

Como se ve, el viejo comandante inglés, hombre de experiencia por razón de sus años y conocedor de las pasiones humanas, adivinó por intuición la verdad de aquel enredado drama, mientras Jaime Davy estaba bien lejos de llegar a la misma suposición.

—¿Qué pensáis hacer en lo sucesivo? —preguntó.

—Intentar por todos los medios posibles coger a Alberto, pedirle cuenta de mi hija y entregarle a la justicia para que le castigue.

—No me daré punto de reposo hasta que haya encontrado a mi Ellen, y arruine para siempre al que me ha hecho el más desdichado de los hombres.

—Vuestro propósito está bien justificado —continuó el comandante del *Thunderbolt*—, y por mi parte os ofrezco ayuda, en interés de la civilización amenazada por una banda de piratas.

—Gracias, sir.

—¿Queréis un consejo?

—Os escucho.

—En cuanto lleguemos a un puerto, sea el que fuere, tomad el primer vapor que parta para Europa, id a Londres, presentaos al Lord del Almirantazgo con una carta de recomendación que yo os daré, repetidle lo que me habéis referido, demostrándole que no sois ni loco ni falsario, pues os advierto que allí siguen el principio de ser desconfiados; haced lo posible por que os proporcionen una de esas autorizaciones que dan plenos poderes al que la consigue, y poneos en acción. Vos, por el contacto, bien que involuntario, en que habéis estado con los piratas del General Belgrano, sois la persona que puede obtener mejores resultados y aun, quizá, la victoria final.

Nosotros, en cambio, hombres de mar y de guerra, no podemos hacer más que limitarnos a persecuciones casi siempre infructuosas, a batirnos tal vez, y, ¡ay! —terminó con un doloroso suspiro el buen viejo—, a ver caer en torno a nuestros compañeros, sin poder nada, esperando tan sólo que nos toque la misma suerte.

Algunas horas después, el acorazado *Thunderbolt* era remolcado por los otros dos barcos, vueltos ya de la inútil

persecución del veloz crucero, y conducido a Melbourne, en Australia del Sur.

Un vapor inglés estaba para zarpar de vuelta para Europa; el capitán Jaime Davy se embarcó en él bajo el seudónimo de Mr. Roberto Fairfax, llegó a Inglaterra y a Londres, y se presentó en el Almirantazgo con la carta del comandante del *Thunderbolt*.

Nuestros lectores conocen ya el resultado de aquella visita.

Alberto Wendover estaba perdido; solo, o casi solo, privado de lo que constituía su temida potencia, rodeado de enemigos que serían inexorables... ¿qué le podría salvar?

## IV

### PROYECTILES VIVIENTES



A primera impresión que experimentó Alberto, al reconocer en aquel hombre al que él creía que había matado, fué de sorpresa, luego de una alegría indecible, finalmente de gratitud hacia el Dios misericordioso que había permitido aquella especie de resurrección.

Alberto era buen creyente, pero se creía, como el Conde de Montecristo, con perfecto derecho de hacerse justicia a sí mismo, de castigar a su manera al enemigo, a la sociedad culpable de haberle lanzado tan injustamente en un tremendo abismo de ignominia y de desesperación.

¿Hacia bien?

No; pero nosotros dejamos a nuestros lectores en libertad de pensar sobre ello como gusten, pues no somos moralistas, sino simplemente narradores de los hechos.

Alberto vió en la inesperada reaparición de Jaime Davy una señal de la clemencia divina y sintió que su corazón se veía libre de algo que le oprimía, mientras su alma se dulcificaba repentinamente pensando en reparar el daño que había hecho.

Por desgracia, todos estos buenos sentimientos, reflejándose en su semblante, llenaron de estupor al capitán Davy, el cual esperaba, en vez de ello, una explosión de rabia y de terror.

El lo tomó por una hábil ficción y dijo entre sí:

—Pongámonos en guardia; este bribón es astuto, se ve perdido y medita algo audaz que le salve.

Y, firme en el propósito de no prestar fe a nada de lo que le dijese su adversario, volvió a mirarle con una sonrisa indefinible, entre despreciativa y burlona.

Alberto se separó de miss Polly, que entretanto había recobrado el sentido y miraba en derredor atónita, dió algunos pasos hacia adelante y dijo con voz conmovida:

—Jaime Davy, pocos minutos antes de que entráseis en este cuarto, hubiera dado mi sangre por saber que aún vivíais, pero bien poca confianza tenía sabiendo lo difícil que es que mi ojo o mi mano fallen.

Y me encuentro con que estáis aquí sano y salvo.

¿De qué modo?

No me importa saberlo; tengo bastante con la satisfacción de poder pedirlos perdón y...

Interrumpióse, viendo que el capitán Davy hacia una mueca muy significativa, al mismo tiempo que enrojecía.

—Si creéis que mi actitud obedece a debilidad o vileza —continuó con enérgico acento—, os invito a desengañaros. Hechos imprevistos, llegados hoy a mi conocimiento, han cambiado totalmente mi modo de sentir en cuanto a vos se refiere y me obligan a ofreceros justificación y reparación completa.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN  
SALGARI

Los horrores de la Siberia.  
Un drama en el Océano Pacífico.  
El hijo del león de Damasco.

Dos tomos.  
Dos tomos.  
Dos tomos.

CADA TOMO,  
1,25 pesetas.



# ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

un hijo, bello como la luna, a quien llamó Aslán. Fué creciendo el niño y cierto día, mientras su madre andaba en el trabajo, él se salió de la cocina y subió al salón, donde estaba el emir Jálid. Este, que había perdido a su hijo Habedlán, cogió al niño y lo sentó sobre sus rodillas, alabando al Señor por haber creado un ser tan hermoso; observó un gran parecido del pequeñuelo con Alá Addín Abusamat. Mientras, la madre, notando la falta del chiquillo, se puso a buscarlo, hasta que lo encontró en los brazos de su amo, el emir Jálid; Dios había despertado una chispa de cariño hacia la desgraciada criatura en el corazón del orgulloso gobernador. Apenas el niño vio a su madre, se abalanzó a ella; pero el emir lo retuvo en su halda, y preguntó a la madre:

—Esclava, ¿de quién es este niño?

—Mío, y querido de mi alma.

—¿Y quién es su padre?

—Alá Addín Abusamat; pero ahora ha venido a ser como hijo tuyo.

—Alá Addín fué un traidor —replicó el emir.

—¡Dios le preserve de la impostura de traición! —contestó la madre—. ¡Dios no permite que al creyente se le llame traidor!

—A pesar de todo —insistió el emir—, cuando este niño sea mayor, dile que su padre es el emir Jálid, el gobernador jefe de la policía.

Consintió la madre, y el emir se encargó de la educación del niño, procurándole maestros de lectura y escritura; leyó el Alcorán por tres veces; y se acostumbró a llamar padre al emir Jálid. El gobernador le enseñaba a montar a caballo y a ejercitarse en los diferentes modos de lucha, hasta que llegó a ser un perfecto caballero, valiente y esforzado, a la edad de catorce años, obteniendo la dignidad de emir.

Sucedio en cierta ocasión que Aslán se reunió con Ahmed Camáquim el Ladrón, llegando a entablar alguna amistad con él y a seguirlo en sus francachelas. Camáquim tenía por costumbre encender la lámpara de perlas que había robado al Califa, colocarla delante de sí y llenar los vasos a su luz. Se embriagó una vez y Aslán le dijo:

—Maestro, dame esta lámpara.

—No puedo, hijo.

—¿Por qué? —preguntó el joven con extrañeza.

—Porque por ella se ha perdido una vida —afirmó, lúgubre, el bandido.

—¿Qué vida se ha perdido por su causa? —interrogó Aslán, cada vez más intrigado.

—Había uno que vino a nuestra ciudad y llegó a ser jefe de los Sesenta, llamado Alá Addín Abusamat; y murió por causa de esta lámpara —dijo tristemente el bandolero.

—¿Qué misterio envuelve la vida de este hombre y por qué murió? —preguntó el joven.

Y el borracho, inconscientemente, le refirió con todo detalle la historia de Alá Addín, no ocultándole el robo de la hermosa Jazmín y la afrentosa muerte del infortunado Abusamat, vilmente calumniado. Aslán oyó el relato con el mayor interés y luego pensó: «¿Será mi madre esta esclava Jazmín y mi padre Alá Addín Abusamat?». Y con esta duda clavada en el corazón, se levantó el mozo, dejando tendido al bandolero, completamente embriagado. Quiso la suerte que se tropezase en la calle con Ahmed Addanaf, el cual apenas lo vio, exclamó:

—¡Gloria a Aquel que no tenía semejante!

—Jefe —le preguntó Hasán Sumán—; ¿qué es lo que te produce tanta admiración?

—El asombroso parecido de este mozo con Alá Addín Abusamat.

Y dirigiéndose al mancebo, lo llamó y le preguntó cual era el nombre de su madre.

—Mi madre se llama la esclava Jazmín.

—¡Alégrate y regocíjate —le dijo entonces Ahmed—; porque eres hijo de Alá Addín Abusamat. Sin embargo, hijo mío, pregunta a tu madre acerca de esta cuestión.

Hízolo así Aslán y su madre le contestó que su padre era el emir Jálid.

—Mi padre es Alá Addín Abusamat —afirmó con resolución el muchacho.

—¿Quién te ha dado esta noticia, hijo mío? —le preguntó su madre llorando.

—El capitán Ahmed Addanaf.

Y le contó lo sucedido.

—¡Oh hijo mío! —exclamó Jazmín—. La verdad siempre

luce y la falsedad es vana: tu padre es ciertamente Alá Addín, pero, habiendo faltado, el emir Jálid te adoptó por hijo. Si ves, querido mío, al jefe Ahmed Addanaf, dile: «¡Oh jefe! Yo te conjuro por Dios a que me ayudes a tomar venganza del asesino de mi padre Alá Addín Abusamat».

El mancebo salió de su casa y se dirigió a la de Addanaf: besó a éste las manos, al saludarlo.

—¿Qué te pasa, Aslán? —le preguntó.

—Que ya sé y estoy cierto de que mi padre era Alá Addín Abusamat, y quiero que me ayudes a tomar venganza de su asesino.

—¿Quién es el asesino de tu padre? —le preguntó Addanaf.

—Ahmed Cámaquin el Ladrón.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He visto en su poder la lámpara de perlas que se perdió con las otras alhajas del Califa y le he dicho que me la diera. Rehusó, contestándome: «Por causa de ella se ha perdido una vida». Y me ha contado que él fué quien entró a palacio y robó los objetos, escondiéndolos después en casa de mi padre.

—Entonces —le contestó Addanaf—, cuando tú veas al emir Jálid, al gobernador, vestirse con el traje de guerra, dile que te vista lo mismo que él; y cuando tú vayas con él y ejecutes algún acto de valentía ante el Príncipe de los creyentes, el Califa te dirá: «Pideme lo que quieras». Tú le ruegas que te venga del asesino de tu padre; y si te contestara que tu padre está vivo, que es el emir Jálid, dile que tu padre es Alá Addín Abusamat e infórmale de todo lo que te ha sucedido con Ahmed Camáquim, prometiéndole que si lo busca, tú le demostrarás la verdad.

Fuese Aslán a su casa y se encontró al emir Jálid que se preparaba para subir al Consejo del Califa.

—Quiero —le dijo— que me vistas el traje de guerra y que me lleves contigo al Consejo.

Hízolo así y lo llevó a la corte. El Califa, con sus caballeros, salió de la ciudad; levantaron las tiendas, ordenáronse en filas y empezaron a jugar a la pelota con el palo y otro se la devolvía. Había entre los caballeros un espía que había sido incitado a matar al Sultán, y cogiendo la pelota, le dio con el bastón, apuntando a la cabeza del Califa; Aslán la desvió del monarca, devolviéndola al que la había arrojado, a quien dió en las espaldas y con la violencia del golpe le hizo caer a tierra. El Califa dió las gracias a Aslán. Seguidamente se apearon de los caballos, sentándose en las sillas; mandó el Sultán que se sentara el que le había tirado la pelota.

—¿Quién te ha incitado —le preguntó cuando lo tuvo delante— a cometer esta acción? ¿Eres enemigo o amigo?

—Soy enemigo y me proponía matarte.

—¿Por qué razón? ¿Eres musulmán?

—No, soy *rafidí*.

El Califa ordenó matarlo y dijo a Aslán:

—Pideme lo que quieras.

—Te suplico, señor —le contestó sin titubear—, que me vengues del asesino de mi padre.

—Tu padre está vivo —contestó el Califa.

—¿Quién es mi padre? —preguntó Aslán.

—El emir Jálid, el gobernador.

—¡Oh Príncipe de los creyentes! Jálid es mi padre putativo, pero mi padre realmente es Alá Addín Abusamat.

—Pero éste era un traidor —afirmó el Califa.

—¡Oh Príncipe de los creyentes! ¡Dios no permite llamar traidor a un fiel musulmán!

—Me robó mis ropas y mis alhajas —insistió el soberano.

—¡Oh poderoso monarca! ¡Dios no permite que a mi padre se le llame traidor; ahora bien, señor, cuando te devolvieron las cosas que te habían quitado, ¿viste si te devolvieron también la lámpara?

—No la encontramos —afirmó el Sultán.

—Yo la he visto en poder de Ahmed Camáquim, se la he pedido y él se ha negado a dárme la, diciendo que por su causa había muerto un hombre, y me ha dicho, en una palabra, que él fué quien robó tus alhajas. ¡Oh Príncipe de los creyentes, véngame del asesino de mi padre!

—¡Traedme a mi presencia! —gritó el Califa.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Los de la secta *rafidí* o *xil* eran musulmanes, aunque los *sunnies* u ortodoxos lo solían negar.

# EL CEMENTERIO FLOTANTE

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ



JAM Paddy había nacido, indudablemente, bajo una mala estrella.

Emigrado muy joven a América, desde la altiva y hambrienta Irlanda, no había tenido jamás una racha de buena suerte

a pesar de su buena voluntad. Había sido descargador del muelle de Nueva York, sin ganarse la vida del todo; blanqueador en Chicago, dando más color a las casas que pan a su estómago; carretero en Nueva Orleans, y había terminado su carrera en San Francisco de California, de pinche de cocina en uno de sus inmensos hoteles.

Allí, por lo menos, podía llenarse la barriga cuatro veces al día, y tenía la posibilidad de ahorrar algunos cuartos.

Creía haber encontrado, por fin, un paraíso, cuando un buen día recibe una carta de Cantón, dándole la triste noticia de que su padre, gravemente enfermo y desesperado de curarse, deseaba con ansia verle antes de dejar este mundo.

Jam Paddy había sentido siempre un profundo afecto por su anciano padre, emigrado también como él en busca de una modesta fortuna, que la tierra natal, demasiado pobre, les negaba.

En vez de América, había preferido China, donde había podido, por fin, establecer un pequeño negocio, ganándose la vida.

Jam, que también deseaba volver a ver al pobre viejo, de quien estaba separado hacía seis años, decidió partir, con la esperanza de llegar a tiempo de verle vivo.

Pero para ello había una enorme dificultad: el pobre Jam no había logrado ahorrar ni siquiera la décima parte de los gastos del viaje, y, además, no tenía amigo alguno con quien contar.

Probó a dirigirse al dueño del establecimiento; pero éste le mandó a lavar los platos de la cocina, diciéndole que no quería ocuparse de enfermos; intentó acudir a otros, con éxito idéntico: de padres enfermos nadie

quería oír hablar. ¡Pues no tenían pocas cosas en que ocuparse aquellos americanos!

El pobre Jam, desesperado, fué a ofrecerse a diversos capitanes, resuelto a embarcarse de carbonero, criado o mozo.

Como no era marinero de oficio, lo mandaban a paseo, riéndosele en las narices.

Habían transcurrido unos cuantos días y Jam empezaba a desesperar de ver las cúpulas azules de los templos budistas de Cantón, la reina del río de las Perlas, cuando se esparció por el puerto la noticia de la llegada de un barco féretro.

Tenéis que saber que todos los chinos que emigran, firman primero un contrato con determinadas compañías para asegurarse el regreso a la patria aun después de muertos.

El espíritu de familia está tan profundamente arraigado en el ánimo de los súbditos del Celeste Imperio, como ellos llaman a la China, que quieren a toda costa regresar junto a sus parientes, si viven, o junto a sus tumbas, si ya han muerto.

De este modo, si mueren lejos de su país, están seguros de que irán a descansar junto a las tumbas de sus abuelos; porque antes de marchar

firman contratos especiales con compañías a propósito que se encargan de transportar a China sus cadáveres.

Con tal motivo se han constituido diversas compañías de emigración, tan bien organizadas, que velan sobre todos los emigrantes chinos, asistiéndolos y procurándoles trabajo, y que se encargan de transportar sus cadáveres si la muerte les coge en tierra extraña.

Así no es raro ver llegar y salir de San Francisco, donde la colonia china es numerosísima, un barco cargado de féretros, conteniendo los cadáveres de los chinos muertos durante el mes y conservados mediante procedimientos químicos especiales, conocidos sólo de los hijos del Celeste Imperio.

Al ver acercarse aquel barco, anunciado ya por los





periódicos chinos de San Francisco, se le había ocurrido una idea al pobre Paddy.

Había oído contar varias veces que algunos desesperados como él, que no tenían el dinero suficiente para pagarse el viaje, habían embarcado ocultamente en aquellos barcos fúnebres, tomando el puesto de un muerto.

Resuelto a ver a toda costa a su padre antes de morir, decidióse a intentar a su vez aquella peligrosa prueba.

En un apartado lugar de la bahía elevábase una gran edificación adonde eran transportados los féretros de los chinos, en espera de la llegada de los barcos que debían transportar los cadáveres a la lejana patria.

Marchóse, pues, a dar vueltas por aquel sitio, después de proveerse de varios kilogramos de galletas, de algunas cajas de carne en conserva y de un frasco de agua para no exponerse al peligro de morir de hambre, por lo menos durante los primeros días del viaje.

—De un modo o de otro volveré a ver al pobre viejo —habíase dicho— Hasta en el caso de ser descubierto, no me echarán al mar ni interrumpirán el viaje para ir a desembarcarme en alguna isla.

Sabiendo que los féretros debían ser embarcados durante aquella noche, encontrábase junto al edificio en espera de una ocasión para meterse en uno de los ataúdes y ocupar el puesto del muerto.

Hacia un rato que daba vueltas por allí, vigilando al chino encargado de guardar el edificio. El guardián, medio embrutecido por el opio que fumaba, estaba a punto de dormirse, cuando Paddy advirtió la presencia de un jovencuelo de veinte a veintidós años, de cabellos rojos como los tienen casi todos los irlandeses, que, como él, llevaba un pequeño fardo y un gran frasco.

—¿Será otro que trata de viajar sin gastar un cuarto? —se preguntó Paddy—. Parece un buen chico y, además, debe ser compatriota mío. Un compañero de viaje sería una fortuna en este momento.

Quizá aquel joven se hacía la misma pregunta.

Miráronse durante unos minutos con algo de cautela, y, después, movidos por el mismo impulso, acercáronse el uno al otro sonrientes.

—¿Irlandés? —preguntó el joven.

—De Cork —contestó Paddy.

—Entonces somos compatriotas.

—Y, probablemente, tenemos el mismo propósito.

—El de ir a China con los cadáveres —contestó el joven riendo.

—En ello confío.

—Y yo también. No tengo medios para pagarme el billete y estoy cansado del hambre que aquí he padecido. Me han prometido trabajo en Cantón y aprovecho la salida del barco féretro. Es la segunda vez que atravieso el Océano Pacífico con los muertos. Déjese guiar por mí. ¿Trae víveres?

—Galletas y carne en conserva.

—Yo llevo dos jamones y galletas —dijo el joven—. Tendré suficiente para unas cuantas semanas. Ya veréis cómo Joe Burnet sabrá hacerle compañía hasta entre los muertos. Esperemos que el guarda esté bien dormido para meternos dentro. No vendrán a recoger los féretros hasta media noche.

Sentáronse detrás del edificio, cambiándose sus confidencias, esperando que el chino, ya borracho, cerrase los ojos.

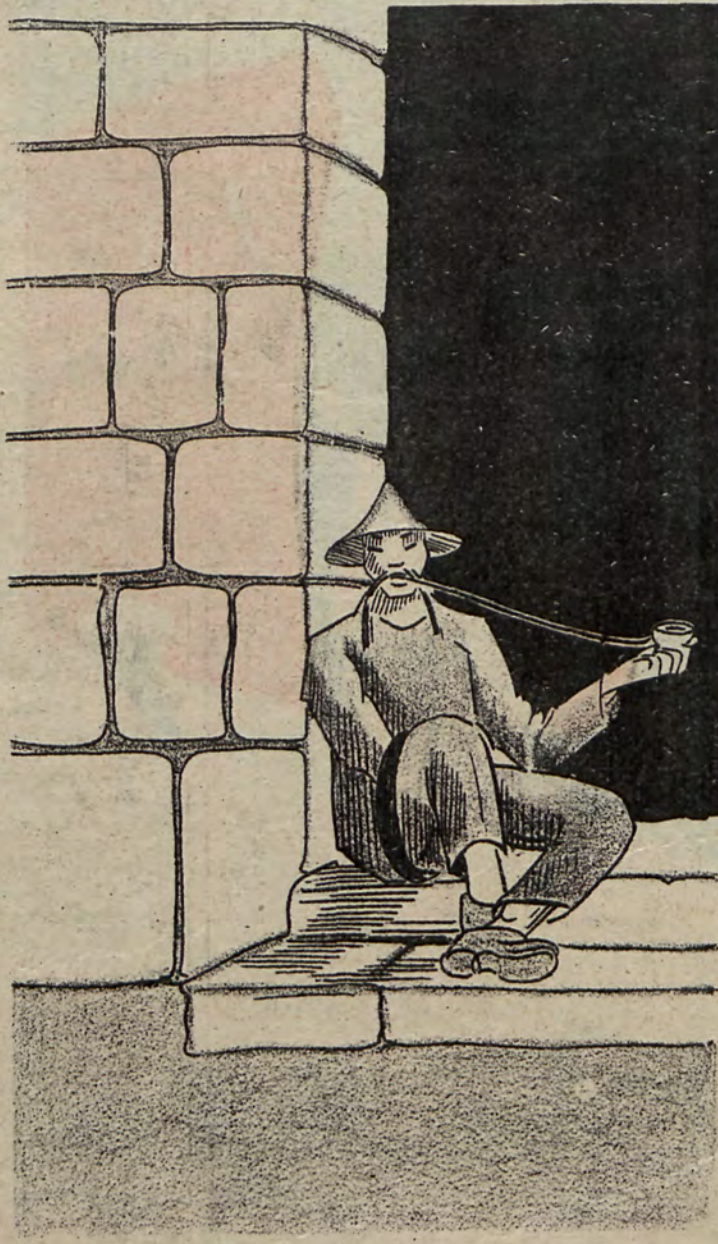
Hacia las once, viendo la nave-féretro ponerse a remolque de un vaporcito para acercase al embarcadero, Joe y Jam deslizáronse en el edificio por una de las numerosas puertas que estaban abiertas.

En una sala inmensa, apenas iluminada por una humeante lámpara de aceite, descubrieron más de doscientos féretros,

dispuestos simétricamente uno junto al otro, adornados de esculturas y extravagantes dibujos, según la moda china, y de pedazos de papel dorado recortados en forma de pájaros y peces.

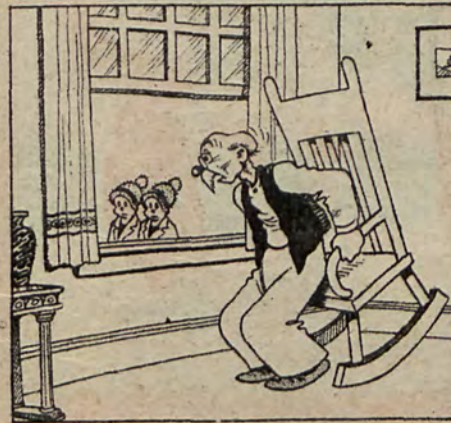
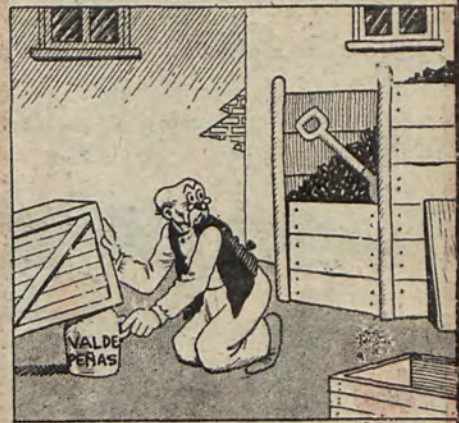
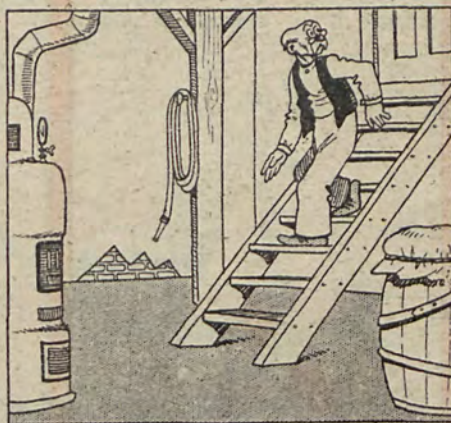
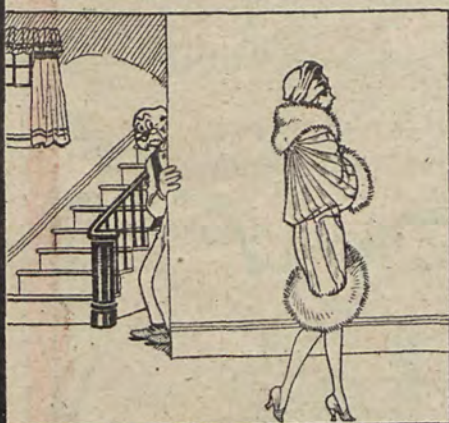
En cada ataúd había una chapa de metal que, con caracteres chinos, llevaba escrito el nombre del difunto y su destino.

—Tendremos dónde escoger —dijo Joe, que no demostraba temor alguno a pesar de encontrarse entre todos aquellos muertos—. Vaciaremos dos de los más grandes, para poder respirar mejor.



(Continuará en el número próximo.)

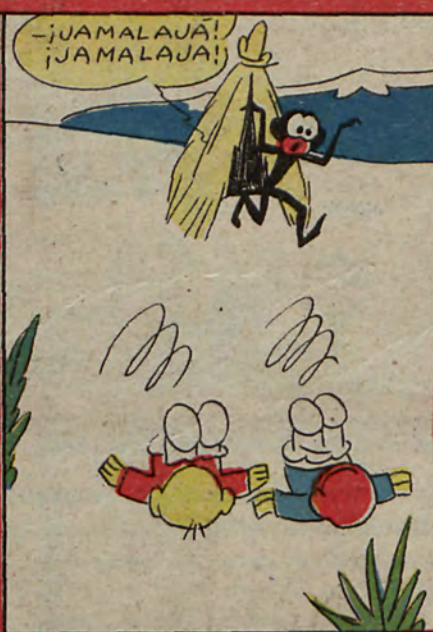
# COLORÍN Y SU PANDILLA



La EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

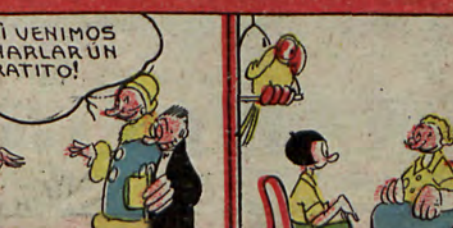
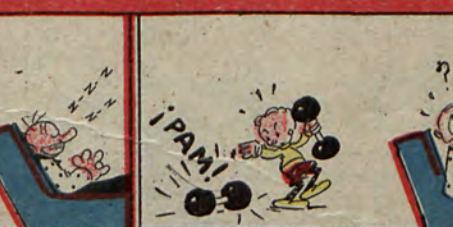




# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





**PAPEL PINOCHISTA PARA CARTAS**

Con los retratos de Pinocho, Pirula, Paco Morronguis, don Curulato, Currinche y Chapete.  
Es el que debe usar para escribir todo Pinochista.  
Cada carpeta con 6 pliegos y 6 sobres, 0,65 pts. Cinco carpetas 3 pts = De venta en las buenas papelerías y en Editorial "Saturnino Calleja" S.A. Calle de Valencia 28. Madrid

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

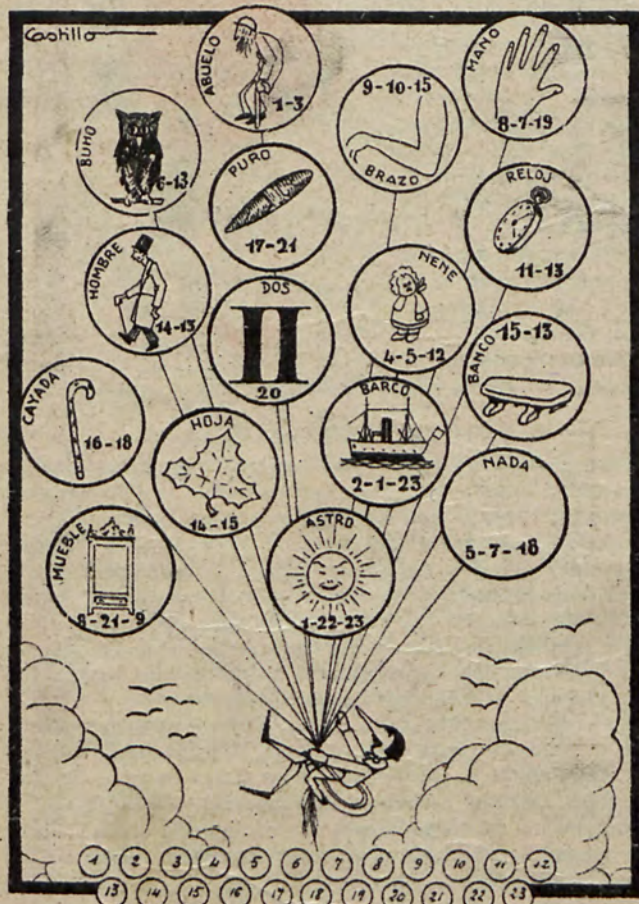
## UN FUEGO EN LA CASA DE FIERAS



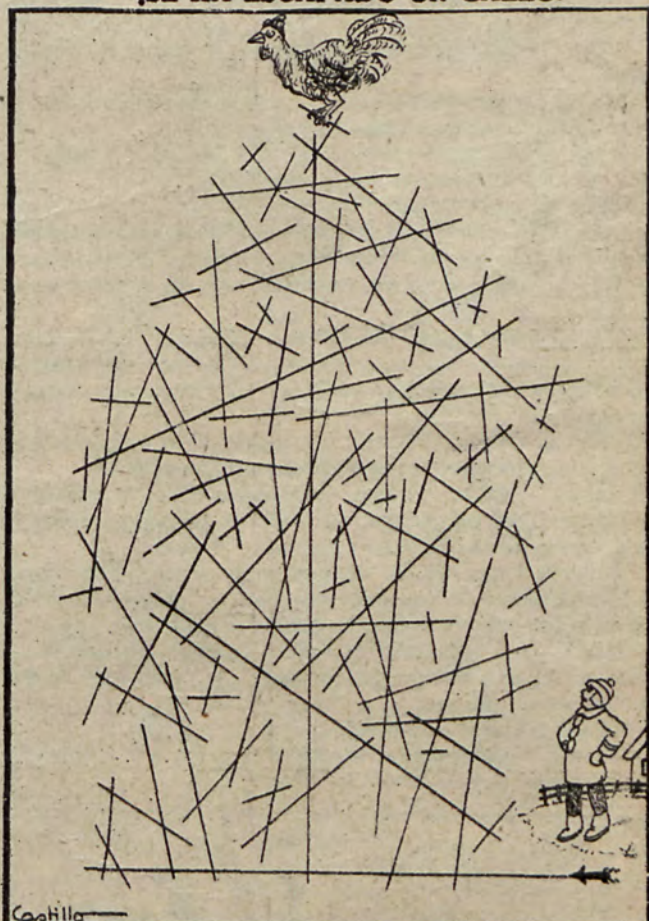
Hubo una vez un fuego en una casa de fieras y tuvieron que sacar a los animales de sus jaulas para evitar que muriesen achicharradas. Pero hubo uno cuya jaula no pudo abrirse y hubo que partirlo en los pedazos que aquí veis. En cuanto vosotros logréis reconstruirlo resucitará otra vez.

### ROMPECABEZAS

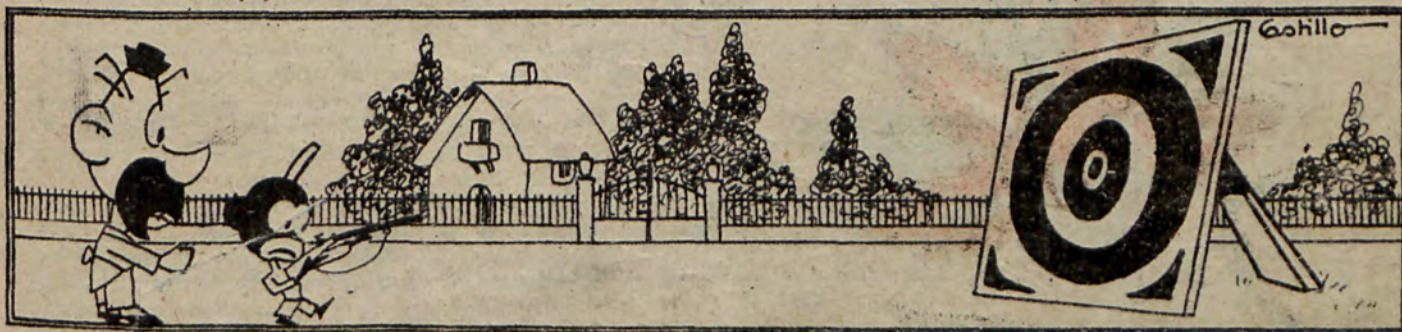
### ¡SE HA ESCAPADO UN GALLO!



Como veis, dentro de cada redondel hay una cosa cuyo nombre va indicado. De este nombre hay que tomar tantas letras como números vayan dentro de cada círculo. Estos números indican en qué circulito de los dibujados en la parte inferior hay que colocar cada letra. Una vez llenos los veintitrés circulitos habrá de leerse un popular refrán castellano.



Este hermoso gallo se ha escapado del gallinero y se ha subido en un montón de paja. Es preciso cogerlo porque donde está se morirá de hambre. Para llegar a él hay que entrar por el sitio indicado por una flecha y seguir por las pajitas adelante, pero en cuanto se tropiece con otra paja ya no se puede seguir en línea recta; es decir, que hay que cambiar de dirección.



Currinche y Don Turulato se fueron a tirar al blanco. Don Turulato le ofreció a Currinche cinco céntimos por cada vez que hiciese blanco, a condición de que Currinche le diera a él tres céntimos por cada vez que no hiciese blanco. Después de doce disparos que hizo Currinche le tuvo que entregar Don Turulato 28 céntimos. ¿Cuántos tiros no dieron en el blanco?



# SECCIÓN PIRULA

## CUENTOS DE PIRULA

*De cómo el inventor del ajedrez casó con la hija del Shah de Persia.—(Conclusión).—* Señor, no quiero el trigo pesado, sino contado.

—¡Qué más dal Mil millones de granos, si quieres, tuyos son.  
—No es ese mi número, señor. Yo deseo que cuenten los granos de trigo correspondiendo a las casillas del juego de ajedrez en la forma siguiente: para la primera casilla un grano; para la segunda, dos; para la tercera, el doble de la suma de las cantidades anteriores, o sean seis; para la cuarta, el doble de la suma de uno; mas dos, mas seis, o sean diez y ocho, y así sucesivamente hasta llegar a la última casilla.

—Es tonto el pobre —pensó el Shah—; pero no puede decirse que sea muy exigente.

Y ordenó:

—Que traigan un puñado de granos de trigo.

Alí movió la cabeza.

—Me temo —dijo— que en un puñado no quepan bastantes.

—Bueno, pues que vayan por un talego de granos de trigo.

Pero Alí tornó a mover la cabeza, sonrió y con voz suave preguntó:

—¿Vuestra Majestad se compromete a darme lo que he pedido?

Ante tal insistencia, el Shah perdió la paciencia hasta el punto de olvidarse de su educación regia.

—¡Qué pesado eres! —exclamó—. Te he dicho que sí.

Alí, sin desconcertarse, tornó a insistir:

—¿Y si Vuestra Majestad no cumpliese su palabra?

—¡Cómo! ¿Te atreves a dudar de mí? Un soberano cumple siempre su palabra —gritó el Shah iracundo, mientras que, ante tal insolencia, el primer ministro llevaba la mano a su yatagán.

—Un soberano cumple su palabra... si puede —dijo Alí—. Pero, ¿y si Vuestra Majestad no pudiese cumplirla? ¿Si no encontrase suficiente cantidad de trigo en Persia para cumplir esta palabra?

La suposición divirtió extraordinariamente al monarca, y se tumbó entre sus almohadones riendo a carcajadas.

—¡Infeliz! —exclamó mientras los ministros se sujetaban el cinturón para no estallar de risa—. Ya se ve que no sabes lo que es una cosecha de trigo en mi país.

Y cada vez más seguro de que aquel joven estaba loco, pronunció, fingiendo una gran seriedad, las palabras que Alí esperaba, las que precisamente estaba ansiando oír. Dijo:

—Vaya, para que estés tranquilo, te prometo que si no puedo entregarte el trigo que me pides, te concederé lo que quieras, sea lo que sea.

—Gracias, Señor —dijo Alí.

Y se inclinó para ocultar la alegría inmensa que resplandecía en su cara.

Entonces fueron en busca de un saco de trigo, y entretanto, el propio Shah, para entretenerse, empezó a echar las cuentas siguiendo las casillas del ajedrez según indicó el joven: uno, dos, seis, diez y ocho, cincuenta y cuatro, ciento sesenta y dos, seiscientos cuarenta y ocho...

Pronto hubo de pararse, aterrado, y requirió la ayuda del Gran Matemático del reino para seguir contando, y el Gran Matemático hubo de pasar días y días echando cuentas, y antes de llegar a la última casilla se volvió loco y hubo que cerrarle. Y comprendieron entonces que ni en un talego, ni en todo un campo de trigo, ni en todo el país de Persia, ni quizá en toda la tierra, se hubiera podido encontrar bastantes granos de trigo como los que pidió el malicioso Alí.

El soberano se convenció de que lo que tan fácil y barato le pareció era irrealizable y de que no le era posible cumplir su palabra.

Y como la promesa de un rey es cosa sagrada, no tuvo más remedio que conceder a Alí lo que éste quisiera; y lo que Alí quería, lo que quería con toda su alma, ya os lo podéis suponer...

Así fué como el inventor del ajedrez casó con la hija del Shah de Persia.

A lo mejor sois tan incrédulas como aquel Shah de Persia y no os habéis convencido del número fantástico, *incalculable*, a que se llegaría contando las casillas del ajedrez en la forma indicada. ¿No? Pues a tentar la experiencia; pronto, un juego de ajedrez, una hoja de papel y un lápiz; a contar, y... cuando lleguéis a la última casilla me comunicáis el resultado obtenido; me gustaría conocerlo, os lo aseguro.



## PIRULA, BORDADORA

*El clavel persa.*—Ya que acabamos de oír un cuento persa, no nos marcharemos de Persia sin aprovechar la ocasión para llevarnos una flor, ya que son en este país magníficas.

Elegiremos un clavel que sirva de adorno para diferentes objetos. ¿Habéis notado que en las labores suelen copiarse con preferencia a las demás flores rosas, violetas, margaritas o crisantemos? Claveles, en cambio, casi nunca.

¡Ah!, pero los claveles de Persia, como podéis ver por el adjunto modelo, son excepcionales, sea dicho sin menosprecio de nuestros «reventones» maravillosos.

Reproduciremos este clavel persa, pintado en negro y azul fuerte, sobre fondo rosa oscuro, en un cubrelibros de tafetán o en una pantalla de pergamino. Recortado en ante de dos tonos, adornará una carpeta o un almohadón de cuero.

Y finalmente, bordado al pasado en algodón perlé, formará un medallón de color vivo y una franja graciosa en un airoso vestidito de vuelo pálido.

## PIRULA, REPOSTERA

*Golosina de mayo: Dulce de fresas.*—¡Las veces que se nos ha hecho la boca agua al recordar aquellos deliciosos bombones de fresa que eran los predilectos de la princesa Rosa-Luz!

Pues ahora vamos a comer algo que se les parezca bastante; es un dulce de fresas del cual suplicaremos a mamá que llene muchos, muchos tarros de cristal para estarlo saboreando durante todo el verano y luego durante todo el otoño y luego durante todo el invierno y... y así hasta que vuelva la primavera y vuelvan a llenarse los tarros. ¿Qué os parece el programa? Pues ya que ha merecido vuestra aprobación, ahí va la receta del dulce. Se eligen fresas muy maduras y se pesa igual cantidad de azúcar que de fresas tenemos.

Esta azúcar se echa en una caldera con agua, calculando aproximadamente un vaso de agua para un kilo de azúcar. Se deja derretir el azúcar en la lumbrera hasta que espese y forme borbotones; entonces se echan las fresas. Se deja hervir a borbotones un momento, luego se retiran las fresas con una espumadera y se echan en los tarros, llenando éstos solamente hasta la mitad. El jugo se deja en la lumbrera hasta que espese otro poco; entonces se acaba de llenar los tarros con él.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE MAYO

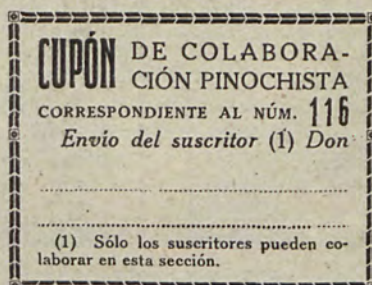
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Marina.  
F. LETAMENDIA.



Quintiliano.  
CARLOS FRÍAS.



Tocando el piano.  
INÉS MADRÓNAL.



—Sus puros tienen olor raro.  
—Es que los guardo en los zapatos.  
L. G. DI MARCO.



Elefante de circo.  
PACO LÓPEZ.



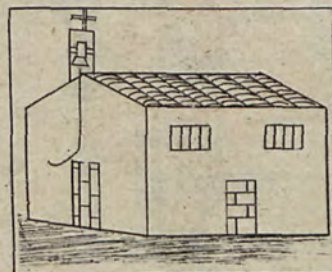
Curriche viendo a Pinocho.  
MARTÍN LILLO. Siete años.



Granja de Abajo.  
MANUEL MORENO. Siete años.



Un auto de carreras.  
JULIÁN ORDEN. Trece años.



La iglesia de mi pueblo.  
ARACELI MÉNDEZ.  
Diez años.



Una jirafa.  
MIGUEL ALMIÑANA.

**La revista PINOCHO**  
Son los PINOCHOS tan lindos, tan morales e instructivos, que todo niño aplicado debe ya de estar suscrito.  
Por ver las cosas graciosas de Curriche y Turulato, del Barón de la Castaña, de Adelaida y de los patos.  
Para ver a Pirulina en su muy linda sección, haciendo muñecas chinas, pantallas y hasta trombón.

¿Queréis saber algo más de esta tan buena revista? Suscribidos ahora mismo, y, señor, hasta la vista.

MERCEDITAS REY.



Pareja de holandeses.  
NENA YANGUAS.  
Nueve años.



Mi lorito Paco.  
AURORITA CARRASCO.  
Diez años.

### Parecidos.

¿En qué se parece un hombre a un reloj?  
En que los dos andan.

A. ALVAREZ.  
Nueve años.

¿En qué se parece un león a una niña «bien»?

En que gastan melena.  
VICTOR FERNÁNDEZ.  
Once años.

¿Cuál es el mar que está más cerca de la orilla? El mar... gen.

¿Y el más duro? El mar... mol.  
¿Y el más salado? El mar... isco.  
EDUARDO SMISSEN.  
Santiago de Cuba.

### Colmos.

El colmo de un nuecero:  
Vender la nuez de la garganta.  
GABRIELA RICOBECA.  
Trece años.

¿Cuál es el colmo de un barco en alta mar?

¿...?  
Parar en seco.  
CARMINA Y ANGELINA REVUELTA.  
Nueve y seis años. Santander.

El colmo de un banquero:  
Poner un cheque sobre un banco de un paseo.

El colmo de un cazador de fieras:  
Cazar la Osa Mayor.

¿En qué se diferencian Romanones y un quinqué?

En que tienen una torcida.

Entre mozos.  
—Oye, Florencio, dicen que te vas a Buenos Aires.

—Sí.

—¿Y si el barco se va a pique?

—Pues si me gusta Pique, me quedo en Pique.

JOSÉ MONTANER.  
Doce años.



Un barco.  
JOSÉ MANUEL SEVILLA. Ocho años.



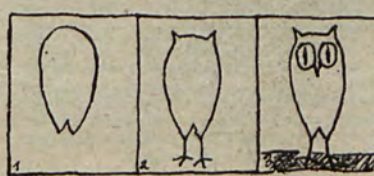
Laura.  
RAMIRO PONCE.  
Once años.



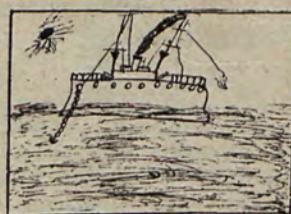
El Serantes visto desde mi casa.  
JOSEFINA BASCHURTZ.  
Doce años.



Doña gallina y sus pollitos.  
ANTONIA LÓPEZ.



Cómo se dibuja una corneja.  
MANUEL ALPAÑES.



El acorazado «Alfonso XIII».  
LEONOR MAMPASO.  
Diez años.



Dick Turpin.  
LUIS PULGAR.  
Once años.



Un auto de un caballo de fuerza.  
ISABEL AGUINAGA. Once años.

### Chistes.

En clase de anatomía.  
El profesor.—Vamos a ver, señor Gutiérrez, los huesos de la mano.  
El alumno.—El carpo, el metacarpo y el «Policarpo».

J. M. FANJUL.  
Diez años. Tetuán

El juez (dirigiéndose al acusado).—¿Es verdad que usted quitó el collar a la marquesa?

El acusado.—No, señor.  
El juez.—Pues yo le presento a usted cinco personas que lo presenciaron.  
El acusado.—Y yo le presento cinco mil que no lo presenciaron.

LUIS URRACA Y VIERA.  
Diez años. Madrid.

—Mi padre es rey.  
—Pues el mío ministro.  
—El mío tiene una cara muy guapa.  
—El mío más todavía.

—Pues ¿sabes hasta lo que sabe mi padre?

—Y tú, ¿sabes hasta lo que sabe el mío?

—Pues el mío sabe hasta lo ancha que tiene la boca el sol.

—Pues el mío... el mío sabe...

—¡Bah! El tuyo no sabe nada.

—¡Vaya si sabe!

—¿Pues qué sabe?

—Lo verás. El mío... el mío sabe...

—Sí; el mío también sabe. Pero, ¿qué el tuyo?

—Verás: el mío sabe..., el mío sabe las mentiras que estamos contando.

¡Qué listo!

MAGDALENA S. CANTILLO.  
Once años. Sevilla.

Entre marineros.

—¡Oye! ¿Para qué pueden servir los toreros a bordo?

—¡Hombre! ¡Para nada!

—Sí, señor. ¡Para capear el temporal!

FRANCISCO VILLALBA LÓPEZ.  
Quince años.



Mi casa de campo.  
J. M. S.

# SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE SEPTIEMBRE

## NÚMEROS 81, 82, 83 Y 84

LA VACA Y EL TERNERO



¿DÓNDE ESTARÁN?



LABERINTO



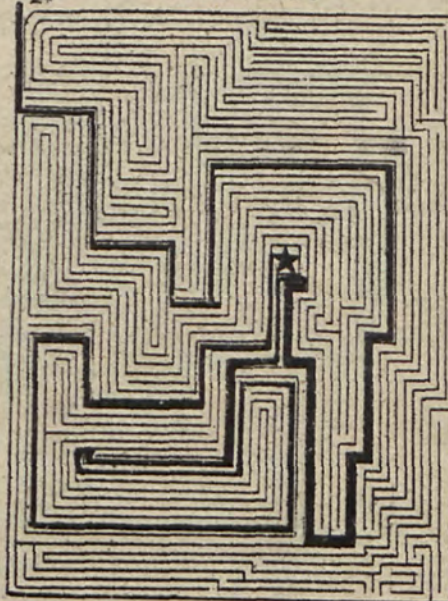
ROMPECABEZAS



ROMPECABEZAS



LABERINTO



¿QUÉ ERRORES HAY EN ESTE DIBUJO?



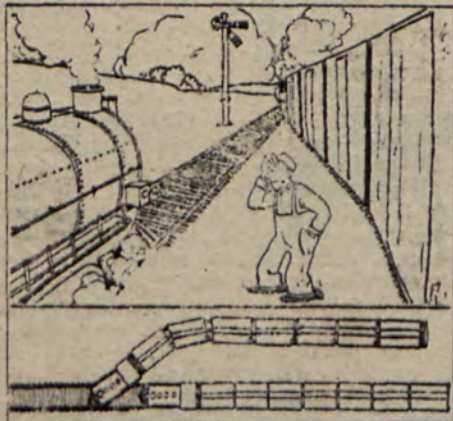
1.º Falta el día del mes en la fecha del periódico. 2.º El ventilador funciona y según el periódico es el mes de enero. 3.º Uno de los que leen lleva el lazo del sombrero en la parte anterior. 4.º El otro que lee tiene tres piernas. 5.º Y va fumando en el tranvía. 6.º En la maleta falta una cerradura. 7.º El que está entre los dos lectores lleva mal abrochado el chaleco. 8.º Las gafas tienen un cristal negro y otro blanco. 9.º Conductor con jersey. 10. Y no lleva cartera. 11. Al ventilador de la derecha le falta una aleta. 12. En el tranvía no pueden ir maletas ni sombrereras.

¿QUÉ ERRORES HAY EN ESTE DIBUJO?



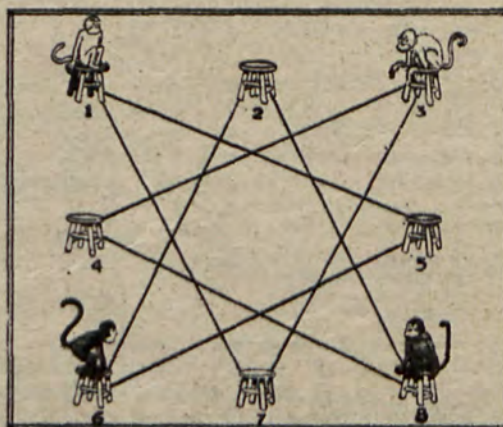
1.º El cubo no tiene asa. 2.º Los ladrillos de la chimenea están mal puestos. 3.º El manómetro no tiene manillas. 4.º El agujero de la manivela es redondo en vez de poligonal. 5.º Los dientes del serrucho están al revés. 6.º El atizador del fuego no está colgado en el clavo. 7.º La portezuela del fogón sólo tiene una bisagra. 8.º El candado que hay en la puerta no coincidiría con la argolla. 9.º A la ventana le falta una bisagra. 10. La horquilla tiene el mango al revés. 11. La tapadera no tiene asa. 12. El protector del cubo del carbón está al revés.

¡VÍA LIBRE!



Para que el exprés pueda seguir su marcha hay que hacer la siguiente maniobra: Enganchar la máquina del mercancías delante de la del exprés y que avance éste hasta pasar las agujas. Entonces se engancha a la cola del exprés el mercancías, sacándolo del apartadero y, una vez en la línea general, retroceden por ella hasta que la máquina primera pueda meterse en el apartadero. Ya no hay más que desenganchar el mercancías y el exprés podrá seguir su marcha. Entonces la máquina del mercancías enganchará su tren y lo vuelve a poner en el apartadero.

LOS MONOS JUGUETONES



Los movimientos en paréntesis se cuentan como un salto: 1 al 5 (3 al 7, 7 al 1), (8 al 4, 4 al 3 y 3 al 7), (6 al 2, 2 al 8, 8 al 4, 4 al 3), (5 al 6, 6 al 2, 2 al 8), (1 al 5, 5 al 6) y 7 al 1.

# VIDA PINOCHISTA

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos, y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Fernando Gómez Cano.



Luis Perna y Eugenia Pereira.



Aurorita Carrasco.



Andresito Ruiz de la Rosa.

*Si eres buen  
amigo de Pinocho  
envíale hoy este  
Boletín de Suscripción*



D. ...., que vive en ..... (Población.)  
..... se suscribe desde el pró-  
(Calle.) (Provincia o Estado.)  
ximo número a PINOCHO por (1) 

UN AÑO	{	cuyo importe de	20 pts.
UN SEMESTRE			10 pts.
UN TRIMESTRE			5 pts.

  
remite a la Administración de PINOCHO en ..... (2).  
(C. de Valencia, 28. Madrid.)  
En ..... a ..... de ..... de 192....  
(Población.)

FIRMA:

- (1) Bórrase lo que no convenga.  
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en una carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**Sebastián Cortés.**—Me han gustado tus dibujos extraordinariamente. No podía ser de otro modo, porque están muy requetebien hechos. Se publicarán, desde luego, en mi Revista en cuanto les llegue el turno. Abrazos cordiales.

**Carmencita y Cecilia Fuster.**—Tin y Ton han estado ligeramente indispuestos con la clásica gripe. Por esta causa los han tenido atados en la cama unos cuantos días. Aun así y todo, tú no sabes la guerra que han dado. Ya están completamente bien y dispuestos a reanudar las celeberrimas y terremotescas aventuras que tanto renombre les han dado. Tranquilízate, pues, simpática Pinochista, porque la Tormenta y el Ciclón se nos vienen otra vez encima. Muy carifiosos recuerdos de Anita, Pirulita, Laura y Paco Morronguís.

**Mariano Capdevila.**—Siempre que vengan acompañados cada uno de un cupón, puedes enviar cuantos trabajos gustes. Y no solamente puedes, sino que debes, porque dibujas como dibujan los artistas de buena ley. El magnífico paisaje que me envías saldrá a su tiempo en mi Revista. Tuyo cordialísimo.

**L. N. F.**—Ya que me lo preguntas te lo diré. Sobran siete haches y faltan cuatro. Comas no ha llegado ninguna, y en cambio han aparecido tres magníficos borrones que no tienen nada que ver con el cuento. De bes y ves vale más no hablar. Necesitaríamos un tomo de muchas páginas. Claro que yo sé perfectamente que no es tuya la culpa, pues se ve que gastas una tinta malísima, un papel infame y una pluma que debe parecer un colchón de muelles. Con estos elementos no hay forma de escribir con ortografía. Eso es verdad, querido L. N. F. Como sobraban tantas jotas, Morronguís se ha llevado una,

la más bonita de todas, y la está bailando sin descanso. Conste que el cuento es muy lindo y se publicará; claro que con un trajecito nuevo que le hemos hecho. Abrazos muy apretados de todos.

**Pepito Cousiño.**—Me preguntas datos sobre la edad, naturaleza y familia de Tin y Ton. Yo no sé más que lo que voy a contarte. Una tarde estábamos jugando Pirula y yo en los jardines de mi palacio, cuando oímos cerca de nosotros una explosión formidable. Vimos una gran llamarada y una densa nube de humo. Había caído en nuestro jardín un bólido. Al chocar con el suelo reventó. Esto nos aturdió un poco, como puedes comprender; pero lo que nos dejó patidifusísimos fue ver que de dentro del bólido habían salido dos chicos. Eran Tin y Ton. Al principio no hablaban. Daban gritos, saltos, trepaban por las paredes, mordían, arañaban. En fin, no quieramos saber. Poco a poco fueron amansándose hasta llegar al grado de civilización en que hoy se encuentran. Ellos sólo recuerdan que sus papás viven muy cerquita de Júpiter y que se dedican a la fabricación de pirulitas explosivas. No recuerdan más porque el bólido que los trajo les dió con todo el estampido en la cabeza y los atontó un poco. De su edad no saben nada. Es un enigma difícil de aclarar, porque no crecen ni tanto así. Es todo cuanto puede decirte tu gran amigo que te envía apretadísimos abrazos,

*Pinocho*



# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Si te parece, hoy vas a hablarme del puerco espin. ¿Tú ves este mango de pluma que acabo de comprar? Pues me han dicho en la tienda que estaba hecho con una púa de puerco espin. Mira qué bonito.

—Y además de bonito, fíjate en lo resistente que es y en la punta tan afilada que tiene.

—Y eso que parece que la han achatado un poco. Me imagino, a juzgar por esta púa, que el puerco espin debe de ser un animal terrible.

—No atacándole, es un animal que no se mete con nadie; pero es un roedor que sabe defenderse muy bien.

—Es entonces de la misma familia que el conejo y el ratón.

—Exactamente. Y comprenderás con facilidad por qué se llaman roedores.

—Eso lo dice su propio nombre. Para comer roen los alimentos.

—Muy bien, Chonón. Este roedor tiene la desventaja, en comparación con otros roedores, de que no sabe nadar.

—¿Entonces qué hace el puerco espin cuando se ve perseguido y acorralado en la orilla de un río?

—Se hace una pelota y eriza sus terribles púas. Estas son las armas defensivas de que está dotado. No todas las púas tienen la misma longitud, y se da el caso de que las más cortas son las más resistentes y, por tanto, las que mejor le defienden contra las acometidas de sus enemigos.

—¿Son muy largas?

—Algunas alcanzan cerca de un metro de largo; pero esta longitud las hace quebradizas, lo cual tiene también su ventaja para la defensa del puerco espin.

—No comprendo por qué.

—Te he dicho antes que cuando se ve acometido se hace una pelota y eriza sus púas. Entonces la fiera que le acomete se lanza sobre él y al intentar morderle tiene que retirarse en seguida acuciada por intensísimos dolores, pues las púas más largas, esas que se quiebran con facilidad, se clavan en el paladar y en la lengua de la fiera, la cual se ve obligada a huir dando pavorosos rugidos.

—¿Y no se puede defender de otro modo? ¿No puede morder?

—Este animal, como todos los roedores, tiene unos magníficos

dientes, muy duros y muy aguzados, pero jamás los emplea en su defensa.

—Es raro. Habrá alguna razón para ello.

—Sin duda es debido a que este animal tiene un hocico en extremo delicado; tanto es así, que en cuanto nota la presencia de un enemigo, lo primero que hace es esconder la nariz, para lo cual se hace un ovillo, viniendo a colocar la cabeza bajo el vientre. Enrollado de este modo y con las púas de punta, parece enteramente un erizo.

—Y un erizo parece enteramente un alfilerero lleno de alfileres.

—Así es; pero con las puntas de los alfileres hacia arriba.

—¿Y dónde vive el puerco espin?

—Vive en grandes madrigueras que él mismo se construye con esa habilidad tan característica de los roedores. Sale de ellas al hacerse de noche y va en busca de sus alimentos, que consisten en raíces, plantas y cortezas de árboles.

—Hará mucho daño a los árboles, ¿verdad?

—Atacando a las raíces, ya comprenderás que el árbol muere. Pero el puerco espin sabe que para aprovechar bien el alimento que un árbol le proporciona, es mejor empezar por las ojas, continuar luego por las ramas, seguir después por la corteza y acabar por las raíces. Y así, de este modo, nada se ha desperdiciado.

—Pero el árbol habrá desaparecido.

—¡Ah; claro! El beneficio del puerco espin se ha traducido en el perjuicio de la planta atacada.

—¿Y abundan mucho estos bichos?

—Abundan bastante en Africa y en la India. El de este país tiene las púas planas como si fueran espadas y además la cola termina en un penacho que utiliza a modo de sacudidor para espantar a otros animales más pequeños que él.

—¿Y en América no se conoce este animal?

—Sí; también existe en el Canadá, en la parte septentrional de los Estados Unidos y en parte de la América del Sur.

—Muy bien, mi querido buho. Por hoy ya tengo satisfecha mi curiosidad. ¿Quieres que dejemos ya la conversación para otro día?

—La dejaremos, porque ya es tarde.

—Pues hasta otro día, amigo buho.

—Adiós, querido Chononcito.



Gallo

**VALE** por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don.....

*Pinocho*

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor no podrá usar este vale.



**PINOCHO**  
ENVIA GRATIS  
LA LISTA DE  
REGALOS  
QUE CONCEDE  
A SUS  
SUSCRITORES



DE LA COLECCIÓN  
**CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES**

TERCERA SERIE

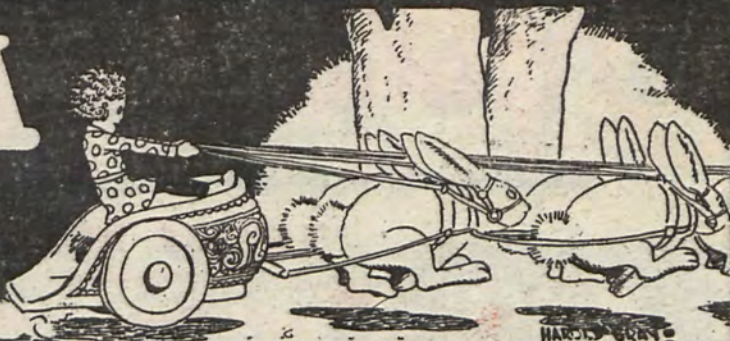


Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

# ANITA

## BUEN-CORAZON



BUENO, PELUCHO, HOY HE DADO LA LECCIÓN MUY RE-QUETE BIEN. ¡CUANTO SE VA A ALEGRAR MI PADRINO CUANDO LO SEPA!



ESA ANITA. YO CREO QUE NO ES DESEABLE EN EL COLEGIO; AYER ESTABA DICRIENDO A OTRAS NIÑAS QUE ELLA NO ENCUENTRA NADA MAS HERMOSO QUE LA LIBERTAD.



PERO HAY QUE CONFESAR QUE SUTRA-BAJO ES SIEMPRE BUENO. POCO CO-RRIENTE.



Y MAS QUE LIS-TA, YO LA ENCUEN-TRO VIVARACHA, COMO CUALQUIER GOLFILLO.



YO LA MANDARIA A SU CASA PERO.....ESE PA-DRINO ESTAN RICO QUE PODEMOS ESPERAR UN MAGNIFICO REGALO DE EL.



YA SABE USTED QUE ES HUÉRFANA, PERO TIENE UN PADRINO QUE SERIA CAPAZ DE ROMPER EL CO-LEGIO SI LE DIERA EL MAS PEQUEÑO MOTIVO. ¡ES UN SALVAJE!



¡ME HA HECHO MAS DAÑO ESO QUE HE OIDO QUE SI ME HU-BIERAN DADO CON UN MAZO EN LA CABEZA!



¡ESTO ME HA HE-RIDO DENTRO!  
¡MUY DENTRO!



¡PERO NO DEBO LLORAR! ¡HAY QUE SOBREPO-NERSE A LAS CIRCUNSTANCIAS!



¡NO PUEDO CON-TENERME!.....  
¡AY!.....¡AY!...



¿QUE ES UN SALVAJE? SI; LO QUE QUIEREN ES SACARLE DINERO Y REGALOS A MI PA-DRINO. EN ESE CO-LEGIO SE APRENDE MAS DE LO QUE DICEN LOS LI-BROS.



¡DÉJALAS! ¡HARÉ DE TRIPAS CORAZÓN Y SERÉ UNA BUENA MUCHACHA! ¡ELLAS CON SU INTENCIÓN INTERESADA Y YO CON MI NOBLEZA! ¡VEREMOS QUIEN GANA LA PAR-TIDA!



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1937 by The Chicago Tribune

Pinocho sortea cada mes sesenta pesetas en dinero y en libros entre todos sus suscritores. En el número primero de cada mes se publica el nombre de los favorecidos.

# Colección Salgari

CADA TOMO 1,25 PESETAS

## TOMOS PUBLICADOS

- 1 Los pescadores de ballenas
- 2 Invierno en el Polo Norte
- 3 La soberana del Campo de Oro
- 4 El rey de los cancheros
- 5 Los naufragos del Liguria
- 6 Devastaciones de los piratas
- 7 y 7 bis. Sandokan. 2 tomos.
- 8 La mujer del pirata
- 9 Los estranguladores
- 10 Los dos rivales
- 11 y 11 bis. Los tigres de la Malasia. 2 tomos
- 12 El rey del Mar
- 13 El Capitán Tormenta
- 14 El león de Damasco
- 15 La hija de los Faragones
- 16 El sacerdote de Phtah
- 17 Los solitarios del Océano
- 18 El Estrecho de Torres
- 19 La perla roja
- 20 Los pescadores de perlas
- 21 El corsario negro
- 22 La venganza
- 23 y 23 bis. La reina de los caribes. 2 tomos
- 24 Honorata de Van-Guld
- 25 Yolanda
- 26 Morgan
- 27 y 27 bis. La capitana del Yucatan. 2 tomos
- 28 y 28 bis. Los horrores de Filipinas. 2 tomos
- 29 Flor de las Perlas
- 30 Los cazadores de cabezas
- 31 Al Polo Norte
- 31 bis. A Gorda del Taymir
- 32 y 32 bis. Las panteras de Argel. 2 tomos
- 33 El píbero de los Califas
- 34 y 35. El hombre de fuego. 2 tomos
- 36 Los dramas de la esclavitud
- 37 El continente misterioso
- 38 y 39. Los horrores de la Siberia. 2 tomos
- 40 y 41. Un drama en el Océano Pacífico. 2 tomos
- 42 y 43. El hijo del león de Damasco. 2 tomos
- 44 y 45. Dos abordajes. 2 tomos
- 46 Los naufragos del Spitz-Berg
- 47 y 48. Al Polo Austral en velocípedo. 2 tomos
- 49 y 50. La Costa de Marfil. 2 tomos
- 51, 52 y 53. Los mineros de Alaska. 3 tomos
- 54 y 55. Los pescadores de trepang. 2 tomos
- 56 y 57. El buque maldito. 2 tomos
- 58 y 59. El rey de la pradera. 2 tomos
- 60 y 61. El Capitán de la D'Jumna. 2 tomos
- 62 a 65. Los hijos del aire. 4 tomos
- 66 El falso Bracman
- 67 La caída de un Imperio
- 68 y 69. El desquite de Jañex. 2 tomos
- 70 y 71. La favorita del Mahdi. 2 tomos

## DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Si en alguna no encontráis los tomos que queréis, pedidlos, enviando su importe, a la

**EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA",**  
S. A., calle de Valencia, 28, MADRID,

que remite gratis todas sus publicaciones, sin aumento de precio, a toda España y América. Los Pinochistas americanos pueden fácilmente remitir el importe, aun tratándose de pedidos muy pequeños, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.

